

EL HUMANISMO ESPERANZADO

Alejandro Serrano Caldera

Este V Congreso Latinoamericano de Humanidades reviste especial importancia por la situación traumática que vive el mundo entero, a partir de los trágicos acontecimientos del 11 de setiembre.

Un sentimiento de indignación y angustia prevalece por todas partes, generando una sensación de incertidumbre sobre el futuro y una conciencia crepuscular sobre la existencia y la condición humana.

Por ello, nunca como ahora ha sido apremiante, la ética como referente necesario de la conducta humana, ni mas acuciante la necesidad de las humanidades, como cuerpo de valores y principios sobre los cuales sustentar la vida contemporánea.

Es obligación, pero también oportunidad de todos los pensadores e intelectuales latinoamericanos aquí congregados, rescatar la esperanza en el destino del ser humano sobre la tierra y reafirmar los valores de tolerancia y de respeto a la diferencia.

Como ha dicho el escritor mexicano Carlos Fuentes, “La riqueza de la historia no es su uniformidad abstracta, sino su diversidad concreta”... en cuanto a América Latina, dice siempre Fuentes, “El pacto de civilización consiste en reconocer que somos un área policultural, dueña de una enorme variedad de tradiciones de donde escoger elementos para un nuevo modelo de desarrollo y sin razones para estar casados con una sola solución... La América Española si tuvo una civilización preeuropea y una cultura política medieval”.

Es importante estar conscientes de la diversidad como condición de universidad, pues lo que uniforma no une y la unidad solo es posible como integración de las diferencias en un plano universal, como unidad en la diversidad.¹

El siglo XXI se hizo presente en forma brutal y trágica ante la conciencia de una humanidad dolida y doliente.

Los símbolos del terror están eternizados en las pantallas de las televisiones de todo el mundo. Los aviones de transporte civil estrellándose contra las Torres Gemelas, los muñequitos trágicos, seres humanos con amores, pasiones, esperanzas y su propia historia personal, lanzándose al vacío, no para salvarse, sino para matarse, no para vivir, sino para morir, para escoger su propia muerte, para decidir su propio horror.

Centenares de victimas son encontradas entre los escombros, miles de ellas están definitivamente desaparecidas, integradas a esa nube de fuego, polvo y hierro que aun persiste como un hongo de muerte, en el cielo ensombrecido de Nueva Cork.

El mundo es un sistema de símbolos y los símbolos del poder, las Torres Gemelas y el Pentágono, han sido heridos de muerte. Pero la tragedia no es simbólica, es real, como las miles de personas que perecieron, como sus familiares, padres, madres, hijos, hijas, hermanos y hermanas... como esa sensación de mutilación moral que persiste en la conciencia de cualquier persona sin ningún nexo con los desaparecidos trágicamente y sin otro lazo de unión que el de pertenecer al genero humano junto con esas victimas, para la mayoría anónimas y sin rostro. Su rostro es el de esa humanidad dolida y doliente.

1 Carlos Fuentes. *Valiente Mundo Nuevo*. Tierra Firme. Fondo de Cultura Económica. México D.F.

El mundo exige castigo pero no venganza. La sangre inocente no se lava con sangre inocente. Hacer justicia es el primer paso para cauterizar profundas y difíciles heridas, pero hay que evitar el peligro de componer un escenario de guerra de civilizaciones, de guerra religiosa, de Oriente contra Occidente y viceversa.

Una civilización es un sistema de valores, de principios, de creencias, de tradiciones, de culturas, pero también de imaginarios sobre la vida y el mundo, sobre el presente y el futuro. Hay que evitar que ese sistema que es la civilización sea un sistema cerrado y hermético y menos aun que lo sea con pretensiones de verdad universal para uniformar al género humano a su imagen y semejanza o para que, en caso contrario, perezca lo diverso y desaparezca la diferencia.

La ética de nuestro tiempo debe ser la ética de unidad en la diversidad, lo que exige el reconocimiento del otro y de lo otro, la superación de la óptica intransigente, totalitaria y falsa para la que la verdad, la bondad y la justicia están exclusivamente de su lado, mientras que la mentira, la maldad y la justicia están del otro.

Por eso mismo esta ética debe ser la ética de la tolerancia, entendida en el sentido del reconocimiento de la diversidad. Ciorán decía:

“La libertad es el derecho a la diferencia”.

Por eso la solución a este problema debe ser una solución política en el mas humano de sus sentidos. La solución tiene que ser fruto de una concertación universal, de un nuevo Contrato Social Planetario. Solo así podremos conjurar los horrores del terror, cerrar esta nueva Caja de Pandora y construir un mundo sin fantasmas fundamentalistas de cualquier signo que sean.

La incertidumbre y la desesperanza que habitan el corazón del hombre que recorre los primeros tramos de esta centuria y la angustia que sepulta la alegría de una humanidad enferma, son productos de una doble mutilación: la del pasado y la del futuro; el mito y la utopía. Se dice que la modernidad ha muerto y que la post-modernidad es el afianzamiento de un presente perpetuo.

Los profetas del Apocalipsis y los filósofos de la uniformidad universal anuncian que ha llegado el fin de la historia y de su múltiple, compleja y contradictoria trama para dar paso a un tiempo lineal y homogéneo.

No obstante, el derrumbe de la autocracia estalinista no legitima moralmente la instalación del totalitarismo de mercado. Entre ambos, como una frágil naturaleza estremecida, se encuentra el hombre, víctima de los ideólogos y de los tecnócratas y de toda suerte de fundamentalismos de izquierda y de derecha. El vacío de la existencia se acentúa en la ausencia de justicia, de solidaridad y de fraternidad. Albert Camus trató de fundar una nueva filosofía para un tiempo azotado por la insensibilidad y la desilusión. El Mito de Sísifo, su más grande mensaje a una humanidad dolida, se inicia con esta cita de Píndaro:

“Oh alma mía no aspiras a la vida inmortal, pero agota el campo de lo posible”:

No obstante, Camus destierra la esperanza para evitar la desilusión.

“Cuando las imágenes de la tierra se aferran demasiado fuertemente al recuerdo, -dice- cuando el llamamiento de la dicha se hace demasiado apremiante, sucede que la tristeza surge en el corazón del hombre: es la victoria de la roca, la roca misma”.

“La inmensa angustia es demasiado pesada para poderla sobrellevar. Son nuestras noches de Getsemaní. Pero las verdades aplastantes perecen al ser reconocidas”.

Unamuno proclama trágicamente que la conciencia es una enfermedad, que el trabajo linaje humano no es mas

“que una fatídica procesión de fantasmas que van de la nada a la nada”. Y que los seres humanos son solo “chispas que brillan un momento en las infinitas y eternas tinieblas”.

Sartre resuelve su desesperación metafísica en un escepticismo radical para el cual

“todo es lo mismo cuando se ha perdido la ilusión de ser eternos”.

Aunque toda esa filosofía de la existencia trata de colmar el vacío que anida en el corazón del hombre, nos propone, no obstante, un humanismo desilusionado construido sobre los páramos del alma desolada. Pero ¿Quién puede vivir sin esperar y esperar sin soñar?.. ¿Qué realidad se construye sin esperanza y que vida sin sueños?.

La propuesta de un humanismo para este tiempo desgarrado existe en ella pero falta la formulación de una racionalidad optimista que consagre el derecho a la esperanza y que sustituya la racionalidad instrumental que pretende gobernar la historia.

Para superar la crisis que hoy padece la humanidad y participar sin degradarnos en los maravillosos avances de la ciencia y la tecnología, es necesaria la recuperación de la ética, del humanismo y de la utopía. La ciencia y la técnica no son un fin en si mismas, sino un medio y una magnífica opción cuando están al servicio de los más altos valores del ser humano y de la sociedad. Ciertamente que la técnica ha perfeccionado los objetos materiales, pero también que por si sola no puede hacer mas humano al hombre ni elevar su categoría moral.

El mal entonces no es la utopía sino los abusos que se han cometido en su nombre; no el deseo de la sociedad perfecta, el paraíso recobrado, porque ¿qué otra cosa sino una esperanza infinita son el ser humano, la vida y la historia?..El mal radica en la violencia sobre el hombre concreto de hoy en nombre de la felicidad y la justicia de mañana y en el sacrificio de la persona bajo el pretexto de un futuro mejor, como si fuera posible realizar un proyecto de humanidad sobre los despojos de los seres individuales.

El humanismo esperanzado exige recobrar la unidad fracturada entre la vida y la razón y colocar por encima de la utilidad, la eficacia y el beneficio, los valores de la solidaridad y la fraternidad y la preocupación por la ética. Debe buscarse la síntesis entre la razón y la vida pues como dijo Ortega y Gasset,

“La vida sin razón es barbarie y la razón sin vida es bizantinismo”.

Se trata, en síntesis, de humanizar la vida y vitalizar las humanidades.

Esto nos lleva a revisar el concepto mismo de desarrollo que trasciende de un contenido estrictamente económico a una dimensión ética y social que incluye, además, la participación de todos los sectores sobre todo los menos favorecidos, en los beneficios materiales, culturales, y espirituales de la sociedad, lo cual exige una clara participación del Estado como concertador de los procesos económicos y garante de la justicia social.

Es este momento oportuno para proponer la necesaria síntesis entre vida, razón y ética, para restaurar la unidad fracturada y devolver al hombre y a la mujer su plenitud como seres integrales, y por lo mismo, a la vez racionales e intuitivos.

Este V Congreso de Humanidades es una oportunidad excepcional para reflexionar sobre estos acontecimientos pero también, para reflexionar para el futuro. Ante las circunstancias que estamos viviendo los análisis deben ser hechos con realismo pero sin mentalidad catastrófica, sin escepticismos y sin terror apocalíptico. De aquí debe surgir un humanismo rejuvenecido, que restituya la fe en el ser humano y en sus posibilidades y la esperanza en un futuro construido por todos y entre todos en el que reine la justicia, la solidaridad y el amor.